

## LOS JÓVENES EN COSTA RICA DECIMOS NO MÁS GUERRAS

Discurso pronunciado en el Auditorio "Alberto Brenes Córdoba"  
de la Universidad de Costa Rica el día 25 de marzo de 2003

*Antonio Jara Vargas*

Me solicitaron participar en este panel para hablar de los jóvenes y el movimiento contra la guerra... Mi principal credencial es, además de mi edad; mi oposición a la guerra, aunque debo aclarar que las voces que han surgido y las actividades que se han realizado alrededor de este tema provienen de diferentes grupos con intereses también diversos; y no puedo ni pretendo entonces hablar como su representante. Me parece importante resaltarlo para hacer evidente la diversidad que caracteriza, incluso en el reducido ámbito de la universidad, al movimiento contra la guerra; aunque tengo la esperanza de que en lo esencial compartan mis opiniones.

Y uso la palabra "movimiento" porque estamos hablando ante todo de acciones y reacciones que se organizan ante condiciones siempre fluctuantes... claro que fundamentadas generalmente en argumentos y posiciones no tan fluctuantes y asumidas más bien por convicción. Quisiera detenerme un momento sobre las razones que me empujaron a manifestarme en contra de esta guerra:

Para esto estuve revisando un documento que hicimos hace unas semanas, antes de que comenzara la guerra, cuando comenzábamos a trabajar en la organización del concierto contra la guerra del jueves pasado. En ese momento señalábamos que tanto los intereses económicos como el clima político que impera en el gobierno norteamericano jugaron un claro rol en el camino

hacia esta guerra, más que un interés sincero en la "democratización" de Iraq o la estabilidad del Oriente Medio. Estos son argumentos que todos conocemos. El problema subyacente viene a ser el cinismo y la hipocresía (o en todo caso la ingenuidad) con el que el gobierno de Estados Unidos tiende a recurrir a argumentos moralistas para justificar acciones arbitrarias e interesadas, y el doble estándar que se evidencia en las ocasiones en que esos principios se contradicen con sus intereses.

Ante la sospecha que oscurece las razones del gobierno estadounidense y de sus aliados para llevarnos a una guerra, las consideraciones humanitarias se vuelven exigencias. Aunque estamos de acuerdo en nuestro desprecio del régimen iraquí, no pueden negociar con nuestras conciencias o vendernos la idea de que un cambio de régimen en Iraq bien vale unas cuantas vidas de civiles iraquíes, más cuando este cambio de régimen secuestra la capacidad de acción del mismo pueblo iraquí, viola su soberanía, fortalece las posiciones más extremistas entre las poblaciones de la región y se da en un momento en que dicho régimen no se encontraba en una posición de agresión o amenaza a ningún otro país, y en un momento en que además se estaba llevando a cabo un proceso de desarme exitoso a través de las vías diplomáticas.

Pero dejemos de lado las discusiones sobre la efectividad de las inspecciones. Gran parte

de quienes nos hemos manifestado contra esta guerra no vemos el enfrentamiento contra Iraq como un caso aislado, como si la cuestión fuera medir si la maldad de Hussayn lo hace merecedor a él y al pueblo iraquí de ser bombardeados y ocupados militarmente.

No podemos evitar añadir esta guerra a una serie de actos del gobierno estadounidense, que incluye la no-ratificación del Protocolo de Kyoto, la negativa a aceptar renovados pactos de limitación de armamentos, el no reconocimiento de la Corte Penal Internacional, y la creciente agresividad de la llamada “guerra contra el terrorismo” y su visión maniquea de un mundo hecho de “malos” y “buenos” (todos recordamos la infame declaración del presidente Bush cuando afirmaba que quien no estuviera de su lado podía contarse entre sus enemigos) todo esto indica un período de creciente autoritarismo, prepotencia e intolerancia por parte del gobierno estadounidense tanto al interior de su país como en su política exterior.

En estas condiciones la capacidad de opinión y acción que nos ofrecen los organismos multilaterales, como es el caso de las Naciones Unidas, vienen a ser un contrapeso y una oportunidad para la expresión soberana de la voluntad de las naciones. Tras la decisión de España, Inglaterra y los Estados Unidos de desconocer la autoridad del Consejo de Seguridad —y no hay acto más claro de irrespeto por un órgano representativo que la decisión de actuar fuera de él cuando no se logró el apoyo de la mayoría— el tema de la legalidad de la actual guerra, y de su justificación según la normativa internacional pasa a ocupar un primer plano en nuestras consideraciones. No sólo como un argumento jurídico o burocrático utilizado para oponerse a la guerra; sino ante todo porque a raíz de este acontecimiento se perfila quién tomará las decisiones en el nuevo orden de los asuntos internacionales tras la guerra, si la estabilidad internacional será garantizada por el diálogo y el consenso internacional o por las acciones unilaterales de ciertos países con la capacidad real militar y económica de hacer valer sus concepciones de estabilidad mundial por fuera de los espacios de diálogo.

En resumen, me parece que por encima de las particularidades de cada persona o grupo que se ha movilizadado a raíz de esta guerra, de las diversas ideologías políticas, intereses o naturaleza de sus organizaciones, tenemos en común, por una parte, un llamado hacia una política internacional más ética y dirigida por principios tales como la tolerancia, el diálogo, el respeto a los derechos humanos, la no-intervención y el derecho a la autodeterminación de los pueblos, y por otra parte el desarrollo de un sistema internacional caracterizado por el multilateralismo, que garantice dichos principios y que favorezca la igualdad entre las naciones, por encima de las arbitrariedades de los poderosos.

Son demandas bastante idealistas, pero bastante cercanas a nuestra realidad. Expresan nuestra ansiedad ante un mundo que parece cada vez más regido por los intereses de las corporaciones, la imposición de un pensamiento único y donde, como miembros de un país pequeño, nuestra voz en los asuntos internacionales es cada vez más leve. No es extraño que muchas personas, estudiantes de colegios o de la universidad se vean movidos, paradójicamente, por este sentimiento creciente de impotencia ante el acontecer internacional.

A esta lista hay que añadir ahora, a raíz de los desafortunados comentarios del señor presidente Pacheco en apoyo de la coalición de guerra, un descontento mucho más inmediato y concreto, ya que nace de nuestra indignación al no sentirnos representados por este gobierno.

Frente a estos eventos no pretendemos sólo expresar un descontento, sino que le exigimos al gobierno una rendición de cuentas y una rectificación acorde con los que creemos que deben ser los principios rectores de nuestra política internacional: el respeto a la legalidad internacional, el recurso a las vías diplomáticas por encima de las bélicas y el rechazo a la agresión militar en cualquier circunstancia. Esta sorpresiva revelación de la política exterior oficial costarricense nos toca en lo más profundo y nos produce vergüenza al ver traicionadas nuestras convicciones y ver silenciado nuestro rechazo.

Mucha gente ya ha criticado las declaraciones del presidente Pacheco, sin embargo

quisiera hacer referencia a dos elementos que me parecen reveladores del mensaje presidencial transmitido por televisión en días pasados. La referencia del señor Pacheco a la campaña del 56 contra el aventurero William Walker me llamó la atención no por la errada analogía que intentó hacer entre éste y Saddam Hussayn, sino porque me trajo a la memoria las palabras que el mismo Walker plasmó en su diario para justificar sus acciones.

Para quienes hayan leído "La Guerra de Nicaragua", (traducida y anotada por don Ricardo Fernández Guardia), no les sonarán novedosas las declaraciones del gobierno norteamericano de que está liberando al pueblo iraquí y construyendo la democracia en el Medio Oriente. Una lógica similar plantea Walker, quien parece estar convencido de que su empresa no pretende más que lograr construir un sistema político mucho más avanzado y próspero que el que podrían lograr por su cuenta los degenerados mestizos centroamericanos. El discurso paternalista y redentor de Bush, lleno de visos ideológicos de "misión civilizadora" al mejor estilo de las potencias coloniales del siglo XIX, se sostiene únicamente en una visión de mundo donde las bondades del sistema norteamericano son tan evidentes como para no necesitar argumentación y donde la población misma de Iraq es esbozada como una víctima permanente, o un infante eterno incapaz de asumir sus responsabilidades y de construir alternativas de cambio sin la mano guía de quienes 'saben mejor lo que hacen'. Es un argumento que justifica la intervención política y la dependencia de los países débiles frente a los poderosos. Debemos recordar que en su gran mayoría estas aventuras de ingeniería política y social llevadas a cabo por actores externos a los países o las regiones han resultado en estrepitosos fracasos y en la perpetuación de los conflictos, como demuestra el caso más cercano a nosotros, el de la antigua Yugoslavia.

Debemos recordar además, que cada día que pasa aumenta el número de niños, niñas y civiles iraquíes que no llegarán a ser "liberados" por la política del Sr. Bush. Es necesario, en las presentes circunstancias, exigir que cualquier iniciativa de reconstrucción de Iraq quede en manos de instancias multilaterales y representativas y

que la ayuda al pueblo iraquí no se convierta en una vía solapada de mayor intervención y control político sobre ese país.

Otro aspecto más grave en sus implicaciones, del mensaje del presidente Pacheco fue su caracterización de este conflicto como un enfrentamiento entre "civilización y terrorismo". En primera instancia favorece la confusión ya existente entre gran parte de la población costarricense y de varios otros países que se hacen llamar "occidentales" sobre la compleja realidad política y social del Oriente Medio, y favorece la equiparación desinformada de conceptos como mundo árabe, Islam, fundamentalismo y terrorismo. Para cualquier persona medianamente informada sobre la realidad del mundo árabe es evidente la distancia que hay entre el fundamentalismo religioso, con sus diferentes expresiones —que es en el presente una de las fuerzas sociales de mayor peso al interior de las sociedades islámicas— y los movimientos políticos nacionalistas y seculares como los que llevaron al poder a Saddam Hussayn. Quizás uno de los logros más controversiales y paradójicos de la política beligerante de las potencias occidentales hacia Medio Oriente, sea precisamente la existencia hoy en día de intereses compartidos entre los fundamentalistas religiosos y estos líderes nacionalistas. De todas formas el vínculo del régimen de Iraq con el terrorismo internacional y más aún con los atentados del once de septiembre no ha sido establecido ni justificado, mucho menos como base para una acción armada.

El argumento de la lucha contra el terrorismo internacional, por otra parte, parece cada vez más ser un instrumento para justificar intervenciones preventivas en cualquier parte del mundo. Bajo el pretexto de estarse enfrentando a entidades ubicuas y confusas como la red Al-Qaeda, las acciones de gobiernos o de poblaciones de países en cualquier parte del mundo pueden ser tipificadas como amenazas directas a la seguridad nacional norteamericana y justificar un ataque unilateral.

¿Hasta qué punto es precisamente esa política a la que hace referencia Pacheco, entre irracionales terroristas y políticos civilizados, donde el único entendimiento posible se produce a golpes, la que viene favorecido la conformación de

un mundo verdaderamente polarizado, donde desaparecen los espacios de negociación, en favor de los actos de fuerza? ¿No es precisamente la actitud belicista la que incentiva el crecimiento de los grupos terroristas? Estas no son más que conjeturas, pero no deja de ser cierto que la paz y la tolerancia no se construyen con bombardeos y que los actos de violencia abren el camino para mayor violencia. La intolerancia y el autoritarismo no tienen una cara civilizada, y no se combate la intolerancia y el autoritarismo con más de lo mismo.

Volviendo sobre el tema del movimiento contra la guerra, al igual que muchos de los movimientos sociales recientes, se caracteriza por su diversidad, su internacionalismo y por buscar canales de información o coordinación alternativos... todos sabemos que gran parte de las campañas, las manifestaciones y hasta algunos símbolos y consignas contra la guerra vienen siendo utilizadas en distintas partes del mundo. Su naturaleza es coyuntural, el grupo de amigas y amigos que trabajamos en la organización del concierto del jueves pasado, por ejemplo, encontramos un espacio y un proyecto en el que coincidíamos y que nos permitía trabajar, a pesar de no conformar una organización ni tener una base ideológica bien definida entre nosotros. Otros grupos de jóvenes y de estudiantes vienen trabajando más constantemente sobre una diversidad de temas, pero coinciden con nosotros y con muchos otros en esta ocasión. Cada cual tendrá su opinión sobre qué es mejor o más honesto con sus convicciones personales.

Aunque el rechazo a la guerra no es exclusivo de las y los jóvenes y una buena parte de la

juventud en distintos ámbitos permanece desinteresada en lo que acontece, sí parece ser que los grupos de jóvenes están entre los más visibles de este movimiento. Incluso quienes critican a los que nos manifestamos contra la guerra, utilizan esto como argumento y asumen desde tonos despectivos (calificándonos de vagos o vándalos) hasta tonos paternalistas, criticando nuestra convicción como una falta de 'realismo', falta de información o incapacidad para discernir -como si fuera un vestigio de rebeldía adolescente el criticar todo lo que haga o deje de hacer el gobierno norteamericano-.

Tal vez es cierto que la identificación de muchos jóvenes con el movimiento anti-guerra es más sentimental o visceral que la de otras personas ubicadas en puestos institucionales o con cierto reconocimiento público que los obliga a moderar o calcular sus opiniones y discursos... pero por esto mismo en muchas ocasiones las opiniones de los jóvenes tienen la virtud de ser de las más honestas o al menos las más desinteresadas; es cierto entonces que muchas veces respondemos más con la rabia que con la cabeza, y que en las letras de las consignas no hay espacio para las sutilezas del análisis político. Es cierto. Pero eso no impide que estemos informados, que seamos propositivos y creativos. Por el contrario, nos compromete a tratar de mantenernos firmes en nuestras convicciones a alzar nuestra voz y funcionar como la conciencia incómoda de la gente que desde instituciones o cargos gubernamentales calcularon, balancearon pros y contras y decidieron ceder y apoyar esta guerra injustificada e injusta.